

2 Ten presente el día en que fuiste bautizado, y celebra todos los años este dichoso día con alguna fiesta particular. Confíesate y comulga en él, dando gracias al Señor por tan grande beneficio. Manda celebrar alguna misa al mismo fin, y convida con algunas limosnas á los pobres, para que junten sus gracias con las tuyas. Renueva en él lo que prometiste á Dios en el bautismo, y profesa particular devoción al santo ó santa de tu nombre.

## DIA XXX.

## MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN FELIX, papa y mártir, en Roma, en la via Aurelia; el cual alcanzó la corona del mártirio en tiempo del emperador Aureliano. (Véase su noticia en las de hoy.)

LOS SANTOS MÁRTIRES GABINO Y CRÍSPULO, en Torres en Cerdeña. (Su martirio fué notable por la multitud de tormentos á que lo sujetaron, según atestiguan una lápida antigua.)

LOS SANTOS SICO Y PALATINO, en Antioquia, los cuales padecieron muchos tormentos por confesar la fe de Jesucristo.

SAN EXUPERANCIO, obispo y confesor, en Ravena. (Asistió y suscribió á los concilios de Tarragona, Aquilea y Toledo; y murió en el año 418.)

SAN ANASTASIO, obispo, en Pavia.

LOS SANTOS BASILIO Y EMMELIA, su mujer, padres de S. Basilio el Magno, en Cesarea de Capadocia; los cuales habiendo sido desterrados en tiempo de Galerio Maximiano, se retiraron por algun tiempo á los desiertos del Ponto: despues cesando la persecucion, murieron en paz, dejando á sus hijos herederos de sus virtudes.

SAN FERNANDO III, rey de Castilla y de Leon, en Sevilla en España, llamado el Santo por la escelencia de sus virtudes; el cual esclarecido por el zelo de propagar la fe católica, despues de haber vencido á los moros, dejando el reino de la tierra, voló felizmente á gozar del eterno. (Véase su vida en este día.)

## SAN FERNANDO, REY DE CASTILLA Y DE LEON.

SAN Fernando, modelo de principes cristianos, dechado de monarcas valerosos y prudentes, terror de los infieles, y el mas dichoso capitán de cuantos pelearon las batallas del Señor, fué hijo de D. Alonso el nono, rey de Leon, y de D.<sup>a</sup> Berenguela, primero infanta, y despues reina de Castilla. Ignórase el lugar, el día, el mes, y aun el año de su nacimiento; vergonzoso descuido de nuestros historiadores, por mas que se quiera discul-



S. FERNANDO REY  
DE CASTILLA.

par con algunas consideraciones, en que tiene mas parte el ingenio que la razon.

Crió la reina á sus pechos á Fernando, y con la leche parece que mamó el santo hijo las virtudes de la madre: princesa verdaderamente piadosa, que dejó eternizada en nuestros anales la memoria de sus religiosos ejemplos, tanto como el recuerdo de sus heróicas acciones. Imprimió desde luego en su tierno corazón el santo temor de Dios tan profundamente, que todo respiraba en el niño virtud, religion y compostura; tanto que observándola S. Juan de Mata, fundador de la religion de la santísima Trinidad, á tiempo que pasaba por Burgos, y siendo aun Fernando de pocos años, habiendo echado su bendicion á todos los demás infantes, hijos del rey D. Alonso, en llegando á Fernando, se paró, y con espíritu profético le pronosticó las mayores felicidades. Amó y obedeció siempre á su madre, aun despues que subió al trono, con tanto rendimiento, que censurándolo algunos cortesanos, los dijo con entereza: *Cuando deje de ser hijo, dejaré de ser obediente.*

Separada la reina D.<sup>a</sup> Berenguela de su marido el rey don Alonso, por haberse declarado nulo el matrimonio á causa del parentesco, se quedó el infante con el rey su padre en Leon, y la reina se retiró á la corte de su hermano Enrique I, rey de Castilla. Sucedió la desgraciada muerte de este principe en la ciudad de Palencia, y por ella quedó heredera de la corona la infanta D.<sup>a</sup> Berenguela. Ocultósele al rey de Leon la sagacísima princesa, rezelando no aspirase al trono de Castilla, fundando la pretension en el título de esposo, y le envió á pedir con instancia á su hijo el infante D. Fernando, que ya era de diez y ocho años, pretestando la opresion en que la tenia la desmedida ambicion de los condes de Lara. Luego que la reina tuvo en su poder á su hijo renunció en él la corona, y le hizo aclamar por rey de Castilla, primero en Nájera y despues en las cortes de Valladolid, donde le juraron homenaje todos los ricos hombres; y pasando el jóven rey á la iglesia mayor con ejemplarísima piedad, puso á los pies del Señor aquella corona que él mismo acababa de ponerle en la cabeza.

Dióse por ofendido el rey de Leon de la cautela con que doña Berenguela le habia sacado á su hijo, y de todo lo que habia sucedido en Castilla; entró por tierra de Campos con dos poderosos ejércitos, llevándolo todo á sangre y fuego; no quiso dar oidos á las proposiciones de paz que le ofrecieron Fernando y Berenguela, por no verse precisados á sacar la espada contra un padre y un marido: acercóse á Burgos, presentóles dos bata-

llas, y en ambas fueron enteramente derrotados los leoneses, aunque mucho mas poderosos que los castellanos; porque pudo mas que el número la razon y la justicia. Tercera vez volvió el rey de Leon con mayores fuerzas á buscar á su hijo; y estando para darse una sangrienta batalla, compadecido el jóven monarca de tanta inocente sangre de vasallos suyos, presentes y futuros, como se habia de derramar en ella, desarmó á su padre el rey de Leon con una carta que le escribió, en que competian la piedad, la razon y la ternura, componiéndose aquella diferencia mediante una cantidad de maravedises en que el rey D. Alonso se suponía defraudado, porque no halló mejor razon para excusar la injusticia de sus armas, y el generoso Fernando se la concedió al instante.

Por consejo de su madre la reina D.<sup>a</sup> Berenguela se casó en primeras nupcias con D.<sup>a</sup> Beatriz, hija de Felipe, emperador de Alemania, en quien la hermosura, la honestidad y la prudencia eran iguales á la fecundidad, habiéndole dado el cielo siete hijos de este dichoso matrimonio, cinco infantes y dos infantas. Muerta D.<sup>a</sup> Beatriz, pasó á segundas nupcias con D.<sup>a</sup> Juana, hija de Simon, conde de Poitiers, de cuyo tálamo le nacieron otros dos hijos y una hija.

Sosegadas las turbaciones de Castilla por muerte del conde de Lara, se aplicó el santo rey á hacer felices á sus vasallos. Publicó un perdon general en favor de todos los que le habian ofendido; mandó que todos los particulares hiciesen lo mismo; nombró para el gobierno de las ciudades á los sugetos mas capaces y mas bien quistos, de zelo y justificacion mas acreditada; encargó á los tribunales la mas recta y mas imparcial administracion de la justicia, recomendándoles sobre todo las causas de los pobres. Y noticioso de que habian entrado en España algunos herejes albigenses, se dedicó con el mayor desvelo y con el mayor teson á esterminarlos, llevando él mismo la leña en sus reales hombros, y aplicando por sus reales manos el fuego á la hoguera para que fuesen abrasados. Era su prudencia muy superior á sus años, porque suplía con ventajas la oracion lo que faltaba á la esperiencia. Gastaba en ella muchas horas del día y de la noche; sus ayunos eran continuos, sus penitencias rigurosas, y su frecuencia de sacramentos muy extraordinaria para aquellos tiempos; diligencias con que logró tener de su parte al cielo para todos sus aciertos, que fueron tantos como sus resoluciones; por lo que sus vasallos le amaban como padre, al mismo tiempo que le obedecian como rey.

Aprovechándose de esta buena disposicion, determinó hacer

guerra á los moros, que tiranizaban una gran parte de España, no para estender sus dominios, sino para dilatar los términos de la religion. Apenas se supo en Castilla que el rey salía á campaña, cuando se le presentaron armados los señores y caballeros mas principales del reino, seguidos de sus vasallos, con los cuales juntó un respetable ejército, escogiendo la ciudad de Cuenca por su plaza de armas. Noticioso de este movimiento el rey moro de Valencia, Venzuir, pasó á Cuenca, y le juró perpetuo vasallaje, vencido mas de su agasajo, que del temor de sus fuerzas. El mismo ejemplo siguió Mahomad, rey de Baeza, luego que el santo rey puso el pié en la Andalucía; siendo estas las dos primeras victorias que le concedió el cielo sin sangre, preñados de las muchas que despues habia de ganar con la punta de la espada.

Fueron tantas, que en treinta y cinco años que reinó, sin dejar el acero de la mano, no dió batalla que no ganase; no sitió plaza de que no se hiciese dueño; no embistió reino de que no se apoderase. Pero tampoco emprendió guerra que no fuese por dilatar el imperio de Jesucristo. Preguntado, ¿cuál sería la causa de que sus dichas fuesen mayores que las de sus antecesores? respondió: *Quizá mis mayores cuidarian mas de conquistar provincias para sí, que de ganar reinos para el cielo.* Por eso antes de salir á campaña, y todo el tiempo que duraba en ella, disponia que en todo su reino se hiciesen continuas oraciones, rogativas y penitencias, para que echase Dios la bendicion sobre sus armas. Para entrar en las funciones se armaba el pecho y los brazos con un áspero cilicio, confiando en él mas que en los brazaletes, en el peto y en el morrion. Al tiempo de acometer imploraba el favor de Dios, y de la santísima Madre, cuya imágen llevaba delante de sí en el arzon de la silla. Jamás confió en la fuerza de las armas, sino en el auxilio de Dios; y así no se le caía de la boca aquello del profeta: *Dominus mihi adjutor: non timebo quid faciat mihi homo.* El Señor es mi ayuda, y á ningun hombre temeré. Los despojos que le tocaban, al punto los dedicaba al culto divino; y en todos los sitios señalados con algun triunfo memorable dejaba eternizada la memoria, erigiendo algun piadoso monumento en reverencia de la Virgen, de los santos, ó de los ángeles. Así tenia como alistada debajo de sus estandartes la victoria, porque solo se desarrollaban en defensa del Dios de los ejércitos sus religiosos pendones.

El año de 1232 murió su padre el rey D. Alonso de Leon, no sin señales de que todavía duraban en su corazon algunas reliquias de los pasados sentimientos contra el santo hijo, porque

contra toda justicia le desheredó, declarando sucesoras en la corona á las dos infantas D.<sup>a</sup> Sancha y D.<sup>a</sup> Dulce, hijas del segundo matrimonio. No podia en buena conciencia abandonar Fernando su legitimo derecho; y entrando armado á tomar la posesion del reino, que por todos títulos le pertenecia, le salian á recibir los pueblos y las ciudades, franqueándole voluntariamente las puertas, porque antes que la corona le hiciese dueño de las provincias, su virtud y valor le habian sujetado los corazones. Solamente la ciudad de Leon le hizo alguna resistencia por la terquedad de D. Diego Lopez de Haro, hijo de la condesa D.<sup>a</sup> Sancha; pero amenazado del cielo con la muerte en una vision, en que se le apareció S. Isidro, rindió la iglesia y la torre donde se habia encastillado, y entrando el rey en la ciudad, fué coronado en ella con real magnificencia.

Dueño ya Fernando de Castilla y de Leon, convirtió todas sus fuerzas contra los africanos. Por medio de su hijo el infante D. Alonso, con una partida de gente desbarató un numeroso ejército de Abenuth, rey de Jerez de la Frontera; victoria que en todo el reino se tuvo por milagrosa, y los mismos moros publicaron que habian visto á Santiago, patron de las Españas, y á otros caballeros, cubiertos de resplandor, pelear en el aire en favor de los cristianos. Igualmente se tuvo por milagrosa, y se atribuyó á los méritos del santo rey la valerosa defensa de la Peña de Martos, que hizo la condesa D.<sup>a</sup> Irene con solas sus mujeres contra un formidable ejército de agarenos, entreteniéndolos hasta que llegó el socorro. No fué menos milagrosa la que hizo el maestre de Calatrava del alcázar de Baeza, adonde volvió con los suyos despues de haberle desamparado de noche, llamado de una resplandeciente cruz que se dejó ver sobre el castillo, y no solo se defendió valerosamente de una multitud de moros que le sitiaban, sino que haciendo una vigorosa salida, los desalojó de la ciudad, y se hizo dueño de ella. Cercado el gran maestre de Santiago de una innumerable muchedumbre de infieles, y estando muy dudosa la victoria, se declaró en fin por los cristianos, asegurando graves autores que detuvo el sol su carrera á la voz del gran maestre, como á la voz de Josué, por la oracion de nuestro Santo, que á la sazón la estaba haciendo muy fervorosa, fijos inmovilmente los ojos hácia el Occidente.

Por sí mismo hizo tributarios los reinos de Valencia y Granada, y conquistó á la frente de sus ejércitos los de Murcia, Córdoba, Jaen y Sevilla, poniendo fin á sus conquistas y á su vida poco despues que se apoderó de esta última ciudad, en

cuyo sitio, que duró diez y seis meses, casi se contaron los prodigios por los dias. Apenas se lee otro mas famoso en las historias, y de cierto ninguno hubo en que compitiesen mas los extraordinarios favores del cielo con la consumada pericia militar del capitán. Tan soldado como santo, ordenó el sitio con tanta prudencia y con tanta comprension, como si solo esperase de las medidas humanas la conquista á que aspiraba; y tan santo como soldado, de tal manera colocó toda su confianza en los auxilios divinos, como si nada tuviese que esperar de todos los medios humanos.

Ante todas cosas desterró de su ejército los desórdenes que trae consigo la licencia militar. Sentó sus reales de manera que nada faltase, ni al ejercicio de la religion, ni á la comodidad del soldado, ni á la práctica de la disciplina. Distribuyólos en calles, plazas, mercados y oficinas públicas, con todos los oficios, tiendas y abastos que se pudieran desear en la ciudad mas populosa y mas arreglada. Erigió tres templos, en los cuales los muchos eclesiásticos y religiosos que siempre seguian al ejército, celebraban todos los dias los divinos oficios con la misma regularidad que en las mas ajustadas catedrales, y el santo rey asistia indefectiblemente á ellos en el templo principal. Frequentaba los sacramentos en público para el ejemplo; pasaba horas enteras en oracion, así de dia como de noche; dobló los ayunos y las penitencias, no pasándose dia alguno en los diez y seis meses del cerco sin tomar tres sangrientas disciplinas.

Por otra parte, bloqueó la ciudad, tomando todos los caminos por donde la pudiese entrar algun socorro; y para cortarla los del mar, mandó al almirante Bonifaz, que ocupase con las naves la boca del Guadalquivir y rompiese el puente de barcas que facilitaba la comunicacion de Triana con Sevilla, como dichosamente lo consiguió el dia de la Invencion de la santa Cruz. Reprimió el orgullo de los moros en todas las salidas que hicieron, que fueron muchas y desesperadas; quedando tan escarmentados que se resolvieron á mantenerse encerrados dentro de los muros de la ciudad. Con esto, y con una vision que tuvo el santo rey, en que se le apareció S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, asegurándole que la tomaria, aunque á costa de mucho trabajo, se fué estrechando mas el cerco.

Confirmóse esta esperanza con otro prodigio. Estaba una noche el religioso monarca haciendo oracion en un templo de sus reales, delante de la imágen de nuestra Señora de los Reyes, y oyó una voz, pronunciada por el mismo simulacro, que le decia:

*En mi imagen de la Antigua, de quien tanto fia tu devocion, tienes continua intercesora; prosigue, que tú vencerás.* Esta imagen de la Antigua, por singular providencia del cielo, estaba á la sazón en la mezquita mayor de los moros, en el centro de la ciudad; pero enajenado Fernando con el favor que acababa de recibir, sale del templo, atraviesa sus reales, acércase á Sevilla, encuentra en la puerta de Córdoba un hermosísimo mancebo que le encaminó á la mezquita; ábrensele las puertas, adora profundamente la imagen, vuélvese por el mismo camino, y halla en la misma puerta de Córdoba la espada, que al entrar se le habia caído sin advertirlo, porque le sobraba para su defensa la proteccion de la Santísima Virgen. Finalmente, el rey moro Ajataf le rindió la ciudad, y entró en ella el día de la traslación de su arzobispo S. Isidoro, haciendo triunfar á la imagen de los Reyes, que en un magnífico carro triunfal de plata fué conducida á la mezquita mayor, purificada antes por D. Gutierre, arzobispo de Toledo, donde se cantó un *Te Deum* con la mayor solemnidad.

Esta continua cadena de felicidades era muy debida á las virtudes de Fernando. Ningun príncipe enlazó mejor las heroicas de santo con las mas elevadas de monarca. En el ardor de la fe en ninguno reconoció ventajas, y pocos le hicieron competencia. Por ella sola fué su vida rigurosa, y literalmente una *perpetua milicia sobre la tierra*: siempre con las armas en las manos, siempre en campaña, siempre en sangrientas batallas, siempre en arriesgados sitios, siempre en peligrosas conquistas, siempre en continuas fatigas, siempre cercado de riesgos. Corrió mucho riesgo su vida, contra la cual conspiraron repetidas veces los moros, asalariando alevosos asesinos; y cuando llegaba á noticia del Santo, solia decir, que los infieles no tanto pretendian echar del mundo á su persona, cuanto desterrar de él la fe que profesaba. Jamás desnudó la espada sino puramente por defenderla y por dilatarla. Puédese decir que tambien murió por ella, pues al cabo le quitaron la vida los trabajos que padeció en el zeloso empeño de su propagacion; por lo que el obispo de Tuy se adelanta á ponerle en el catálogo de los mártires.

A la viveza de su fe correspondia el ardor de su religion. Todas sus empresas comenzaban por rogativas, proseguian con votos, y acababan en accion de gracias. Confiaba mas en las oraciones de los religiosos, que en el valor de sus soldados. Por eso decia, que los templos eran los alcázares de su reino, las religiones sus muros, y los coros de los religiosos los escuadrones que le defendian.

En el amor y tierna devocion á la Reina de los ángeles fué singularísimo. Tres imágenes suyas llevaba siempre consigo: la de los Reyes, que por piadosa y bien fundada tradicion se cree fué milagrosamente pintada. A esta santa imagen puso el rey casa real con todos los oficios de palacio, camarera, mayordomos, gentiles-hombres, capellanes, reyes de armas y porteros, sirviendo estos oficios los infantes y los principales señores de la corte; y el día de hoy los sirve la mas ilustre nobleza de Sevilla con religiosa emulacion. Acompañábale otra imagen de plata de la misma soberana Reina, y es la misma que se venera en medio del altar mayor de aquella iglesia metropolitana. Era de marfil la tercera, y de una tercia de largo; esta la llevaba fija en el arzon de la silla para consuelo del alma, incentivo del corazon, y devoto recreo de los ojos. Todas sus empresas comenzaban con Maria, y acababan con Maria; esta Señora peleaba, esta vencía, y á la misma decretaba siempre Fernando todos los honores del triunfo.

Correspondian á estas todas las demás virtudes. Su caridad no tenia limites. Fundó hospitales, casas de refugio y de misericordia; y en campaña el mismo santo rey hacia oficio de enfermero con los soldados heridos. Visitábalos, consolábalos, regalábalos, y no pocas veces por sus mismas reales manos los aplicaba las medicinas. En los pleitos de los pobres era su abogado, y en las necesidades su padre. El fué quien introdujo la piadosa costumbre de servir por sus manos la comida á doce pobres el jueves santo, lavándolos, y besándolos los pies, como se ha continuado hasta hoy en sus reales descendientes y sucesores. Amaba tanto en general á todos sus vasallos, que solia decir, estimaba mas la vida del menor de ellos, que mil cabezas de moros. La limpieza de su cuerpo fué igual á la pureza de su espíritu, y aun por eso se la premió el Señor, concediéndole tan numerosa posteridad, la que suele negar á muchos principes, y no principes, en castigo, y como efecto casi natural del desórden y de la incontinenencia. Tan zeloso de esta hermosísima virtud, que habiendo sabido que una mujer disoluta habia provocado á un religioso dominico, y que éste se habia precipitado en el fuego por huir de la ocasion, mandó que la desahogada mujer fuese arrojada á las llamas, para que un fuego castigase los atrevimientos de otro; y en esta resolucion se mantuvo inexorable.

Supo juntar la soberania del trono con la humildad verdaderamente cristiana, haciendo honor á las máximas del Evangelio, sin ajar la majestad. Era el rey, sin disputa, el hombre mas sabio de su reino, el mas instruido, el mas experimentado y el

mas prudente. Sin embargo, desconfiaba tanto de sí mismo, que hacia le siguiesen siempre doce varones doctos y maduros, con quienes consultaba todas las resoluciones en que se le ofrecia alguna duda, no para seguir su dictámen á ciegas, y sin exámen, sino para ponderarle, y conformarse con el que parecia mas acertado. Fuera de aquellas ocasiones en que era menester ostentar la majestad rodeada de los resplandores del trono, era sumamente afable y humanísimo con todos. Habiéndole visitado en Cuenca el rey moro de Valencia, le recibió con el mayor agasajo, y le dió silla debajo de su dosel; modesta humanidad, que acabó de ganarle el corazon, mas que el miedo de las armas. Preguntado poco antes de morir, de qué materia queria se le dispusiese el sepulcro, y en qué conformidad se le habia de levantar la estatua, respondió: *Mi vida sin reprehension, ni culpa, de la manera que he podido, y mis obras, esas sean mi sepulcro y mi estatua.*

Pero en ninguna ocasion dió mayores muestras de su profunda humildad y de su grande religion, que en la hora de la muerte. Acometido de la última enfermedad, que contrajo por los trabajos, fatigas y desvelos del sitio de Sevilla, y conociendo se acercaba su última hora, pidió y recibió con la mayor devoción el santo Viático, que le administró su confesor el obispo de Segovia. Antes que entrase en su cuarto el Rey de los reyes, se echó una sogá al cuello, se levantó de la cama, se postró en el suelo, tomó en la mano un Crucifijo, y se dispuso con los mas vivos actos de dolor y arrepentimiento de sus culpas para recibirle, mandando sacasen de su cámara todas las reales insignias de la majestad. Luego que tuvo en su pecho el soberano Monarca de la gloria, se recogió dentro de sí mismo, y quedó arrebatado en un dulcísimo éstasis. Vuelto de él, llamó á la reina D.<sup>a</sup> Juana, al príncipe y á los infantes; despidióse de todos con ternura, y con entereza; dió al príncipe D. Alonso los mejores documentos; encargóle la obediencia al pontífice, la proteccion de la Iglesia, la veneracion al estado eclesiástico, el amor de sus vasallos, el amparo de los pobres, la administracion de la justicia, la eleccion de los ministros, y sobre todo, la propagacion de la fe; y concluyó su razonamiento con estas palabras: *Déjote vasallas ó tributarias todas las tierras que poseian los moros desde el mar acá: si conservares estas conquistas, serás tan buen rey como yo; si las adelantares, serás mejor rey que yo; si las perdieres, no serás tan buen rey como yo.* Pidió despues perdon á los ricos hombres y demás circunstantes de todo aquello en que pudiera haberlos ofendido, y respondieron todos

con lágrimas, que no tenian agravios que perdonar, sino muchos beneficios que agradecer. Mandó entrar á sus capellanes; hizo que cantasen el *Te Deum*, y al segundo versículo entregó suavemente aquella grande alma en manos de su Criador, el jueves 30 de mayo del año 1252. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia mayor de Sevilla, donde se conserva hasta el dia de hoy entero y flexible, exhalando un suavísimo olor. Rey verdaderamente original y admirable, que contra el estilo regular de la divina Providencia hizo escala para el cielo de las mayores prosperidades.

#### SAN FELIX I, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Felix, papa primero de este nombre, natural de Roma, é hijo de Constancio, sucedió en el pontificado á S. Dionisio, papa. Fué martirizado en tiempo de Aureliano, emperador, el cual aunque los primeros años de su imperio, por estar muy ocupado en grandes guerras, dejó vivir en paz á los cristianos; pero despues que alcanzó ilustres victorias de sus enemigos, y triunfó de ellos, en Roma movió persecucion contra la Iglesia de Cristo, y fué la novena que ella padeció, y murieron muchos gloriosos mártires del Señor por los edictos y crueldad de Aureliano, y entre ellos nuestro santo pontífice Felix, despues de haberlo sido dos años y cinco meses, segun el cardenal Baronio; aunque otros le ponen cuatro años y algunos meses mas. En tiempo de S. Felix salieron del infierno dos herejes para hacer guerra á la Iglesia católica, Paulo Samosateno, obispo de Antioquia, siro de nacion, y Manes, persiano, caudillo y autor de la secta de los maniqueos, que duró y afligió tantos años la Iglesia del Señor. Pero nuestro glorioso y sumo pastor se opuso valerosamente á ellos, no dejando de hacer todo cuanto pudo para sanar á los herejes y confirmar en la fe á los católicos, y cumplir con su obligacion de santo prelado; y como tal escribió una carta maravillosa á Máximo, obispo de Alejandria, de la divinidad y humanidad del Hijo de Dios, y de las dos naturalezas distintas en una persona, en la cual gravemente confuta los errores de Paulo Samosateno y de Sabelio; y de esta epístola se hace mencion en el concilio Calcedonense, y S. Cirilo Alejandrino la cita, y se vale de la autoridad de ella contra los herejes. Ordenó que nadie osase celebrar, sino solo los sacerdotes: que la misa no se pudiese decir fuera del templo, ni en lugar profano, sin grandísima necesidad: lo cual establecieron tambien otros santos pontífices y concilios, juzgando ser menos